

Madrid, 12 mes. .... 1 peseta  
 Provincias, trimestre ..... 5  
 España y Antillas Españolas, trimestre ..... 12  
 Los demás países, trimestre ..... 15  
 Número suelto 5 céntimos.

MADRID 25 DE NOVIEMBRE DE 1879

## Nuestra denuncia.

No fábamos en vano en la rectitud del tribunal de imprenta. Desde que se nos notificó la denuncia del número correspondiente al día 13, fuimos al convencimiento de nuestra inculpa, bien agenos al temor de que las excusaciones de la malevolencia o la suspicacia fuesen capaces de torcer por un momento las clarificadas manifestaciones de la ley, favorables de punto para nosotros.

Llamado por otra parte el director de El Liberal a declarar ante el juzgado de primera instancia de Palacio en causa instruida por el mismo comunicado que motivó la denuncia, hubiera sido el colmo del absurdo sostener dos responsabilidades, dos responsabilidades y dos penas para castigar un mismo hecho. A eso asistían tal vez fuera del tribunal quienes, considerando todos los días espíritu de tolerancia y propósitos de conceder cuando puedan libertad a la prensa, la sacrifican al amor propio de insignificantes personalidades.

El Sr. Groizard no hubiera adquirido en su carrera forense brillantes y legítimos triunfos, que acaba de obtener bastaría para darle una reputación envidiable. Tal fue el vigor del discurso y tan acertada la petición formulada por el Sr. Groizard, que el tribunal la ha aceptado en el punto de fundar sobre ella la sentencia dictada en los términos siguientes:

## Sentencia.

En la villa y corte de Madrid á veintidos de noviembre de mil ochocientos setenta y nueve: el procedimiento instruido contra el periódico EL LIBERAL, su fundador-proprietario Emilio García Alfaro, por denuncia del número ciento sesenta y siete, correspondiente al trece del corriente mes;

Primero. Resultando: que el periódico EL LIBERAL publicó en el referido número ciento sesenta y siete un comunicado que empieza con las palabras «Señor director», y concluye con las de «noviembre mil ochocientos setenta y nueve», que el fiscal de imprenta denunció en tiempo y forma a este tribunal en el concepto de haberse cometido en él el delito de ofensa al Ayuntamiento D. Aureliano Linares Rivas por sus injurias emuladas en el Congreso, comprendiendo en el número sexto del artículo diez y seis la ley de imprenta;

Segundo. Resultando: que traídos los antecedentes del periódico, aparece que no ha sido denunciado, y señalado el día de hoy para vista, ha pedido en dicho acto el fiscal que se condene al periódico á veinte días de suspensión, con arreglo al artículo veintidos de la ley, y el defensor del periódico ha solicitado en primer término que el tribunal se declare incompetente, con arreglo al artículo diez y nueve de la ley citada, y en otro caso la absolución del periódico;

Primero. Considerando: que en el artículo diez y nueve de la ley de imprenta vigente se previene que no están comprendidos en ella los artículos á que se refieren los títulos primero y segundo del libro segundo en sus secciones primera, segunda y tercera del Código penal;

Segundo. Y considerando: que el artículo 0 comunicado denunciado no se halla comprendido en el párrafo sexto del artículo diez y seis de la expresada ley de imprenta, única excepción del artículo diez y nueve;

Callamos: que debemos declarar y declaramos que este tribunal de imprenta es incompetente para conocer del hecho denunciado por el fiscal del mismo, y de oficio las costas, y mandamos se devuelva la edición secuestrada de Emilio García Alfaro, fundador-proprietario del periódico EL LIBERAL. Así lo pronunciamos, mandamos y firmamos.—Manuel Ángel González.—Marcos Cubillo.—Pablo Cases.

## Sigue la discordia.

Hay quien no ha creído oportuno el discurso pronunciado ayer por el Sr. Martos.

Todas las opiniones merecen respeto, y nosotros, respetándolas, tenemos también la nuestra, que en la ocasión presente no es la de la oportunidad.

Aunque sólo se atendiera al efecto producido por el discurso del Sr. Martos, aparte de los calificativos de habilidad y elocuencia, y tersa y galana dicción, que es de uso y costumbre emplear cuando de ellos se da cuenta minuciosa, hay uno de los más oportunos.

Se ha observado la tela que desde hace cuarenta y ocho horas comenzó á tejer la prensa ministerial?

Pues la trama no era otra que ésta.

Toda la polvareda levantada por los ejércitos de campestres, canovistas, romeristas y otros capitanes de segunda fila, fué producido de una mala inteligencia. Ya se encuentran todos. Se ha encontrado una fórmula. No habrá dimisiones, ni crisis, ni derrotas parlamentarias. Marcharán de acuerdo Martínez Campos, los jefes de la mayoría, el gobierno y la Cámara; y el partido conservador tendrá la fortuna de seguir haciendo aun por muchos años la felicidad del país.

Pronunciado por el Sr. Martos su discurso ayer, y contestado por el general Martínez Campos, resulta que ó la anunciada composición es una novela, ó que Romero Robledo... es Romero Robledo.

Mostremos cómo.

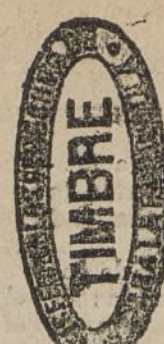
El general Martínez Campos contesta al señor Martos y dice:

«Cuando el gobierno presentó el proyecto á la Comisión del Senado, dijo que admitiría enmiendas que lo mejoraran, siempre que no alterasen lo esencial. Esto es lo que ha dicho siempre y esto es lo que sostiene hoy.»

Según advierte ayer mismo nuestro apreciable colega El Acta, lo esencial del proyecto presentado por el gobierno consiste en declarar la abolición inmediata de la esclavitud, y en reducir á seis años el patronato.

## El Liberal

Martes 25 de Noviembre de 1879



ADMINISTRADOR

DON JOSÉ DE PALMA Y RICO

Oficina: Alameda, 2.

Centro de suscripción: C. de S. Jerónimo, 7 y 8. Anuncios, comunicados y remitidos á precios convencionales.

Número suelto 5 céntimos.

Si como asegura la prensa ministerial se han zanjado las diferencias, y como afirma el general Martínez Campos el gobierno ha resuelto no ceder en lo esencial de su proyecto, quien ha cedido es el Sr. Romero Robledo.

Es decir que Romero Robledo... no es ya Romero Robledo.

Dijo también en la sesión de ayer el general Martínez Campos:

«Si hay diferencias en la mayoría, cuando el proyecto se vote, entonces veremos si hay ó no diferencias.»

Recuérdese que constituía parte del plan de los conjurados contra el general Martínez Campos, provocar una crisis ministerial fuera del Parlamento. Si persiste el general Martínez Campos, y logra que la cuestión se ventile en la Cámara, Romero Robledo... tampoco será ya por su habilidad Romero Robledo.

En otros momentos de su peroración de ayer se ha mostrado el general Martínez Campos tan enérgico y resuelto, que no parece que hayan hecho gran mella en su ánimo los oficios casamenteros del presidente del Congreso.

Si no temiéramos ofender al Sr. Romero Robledo, diríamos que el general Martínez Campos hizo gala de no querer transigir con nadie.

«Teme el Sr. Martos, decía, que se encienda la guerra y que impida las reformas. Pues se harán esas reformas, aunque se encienda la guerra, porque lo que es justo, debe hacerse.»

«Aplausos en la izquierda! ¿Quién no aplaude tal declaración? Hay, por lo menos, un conservador que anteponga la justicia á los intereses groseros.»

Otro alarde del presidente del Consejo: «Ha terminado el Sr. Martos su discurso diciendo que ninguna fiesta mejor que dar libertad á esos 200.000 esclavos.»

«Ah! Si las leyes me lo permitieran, no habría esperado á presentar á las Cortes el proyecto.»

Otra vez aplausos en la izquierda.

«Es este el lenguaje del hombre que cede y transige? Martínez Campos sigue siendo Martínez Campos. Será preciso que veamos si Romero Robledo... sigue siendo Romero Robledo.»

Tal vez sí, á juzgar por algunas intimaciones de La Epoca, que parecen dirigidas al Sr. Romero Robledo entre otras. Dando por hecha la transacción entre el general Martínez Campos y el Sr. Cánovas del Castillo, se duele de no ver mas arraigado el espíritu de concordia, que puede salvar la situación política de los peligros que tal vez la amenacen todavía, y cree que sería inútil concertar la paz y la buena inteligencia por los que tienen una responsabilidad mas directa en que se establezcan, si los grupos de uno y otro origen, que después de todo no hacen falta para conservar la unidad del partido, se empeñan en que se desvirtúen los actos mas solemnes, y fracasen las negociaciones mas delicadas y mejor conducidas.

«Se conforma el Sr. Romero Robledo con ese no hace falta del periódico decano?»

Del sentimiento que ese diario manifiesta parece deducirse, que Romero Robledo... sigue siendo Romero Robledo.

De la sesión de ayer se deduce que Martínez Campos... sigue siendo Martínez Campos.

«No ha sido altamente oportuno el discurso del Sr. Martos que así ha hecho brotar la luz sobre la verdad de las composiciones y arreglos anunciados por la prensa ministerial?»

## A vuela pluma.

El Sr. Sagasta aprovechó el incidente parlamentario de ayer, para dirigir, en nombre del partido constitucional, un entusiasta saludo á la archiduquesa María Cristina, «que ya se encuentra» —dijo el Sr. Sagasta— bajo el cielo azul de nuestra patria, para consolidar las mas altas instituciones.»

El Tiempo, órgano del señor ministro de Fomento, hace constar, sin embargo, que el señor Sagasta entró de una manera bien tardía en el debate, y que lo hizo únicamente para declarar que el partido constitucional no tiene mas criterio que el de la libertad en las cuestiones de Cuba.

«Qué mal intencionado es El Tiempo! Omite lo mas importante que dijo el Sr. Sagasta, como si la situación estuviera celosa y aun recelosa de la actitud de los constitucionales.»

Lo que dice un ministerial, de Madrid, á un periódico ministerial, de provincias:

Dice que el general Martínez Campos estuvo el viernes en palacio y manifestó á S. M. que deseaba retirarse del poder inmediatamente después de las fiestas reales;

Que S. M. se mostró resuelto á no aceptar la renuncia del presidente del Consejo, porque es cada vez mayor la confianza que le merece; que le autorizó para obrar con libertad, y para disolver las Cámaras si no podía gobernar con ellas;

Que S. M. mostrase también dispuesto á sancionar cualquiera modificación que le proponga el general;

Que éste hará un uso prudente de sus facultades, hallándose dispuesto, sin embargo, á rechazar las concesiones que tumultuosamente se le exijan.

Todo esto, y algo mas, dice el corresponsal; y la verdad es que los Sres. Ayala y Cánovas no han insistido en sus dimisiones, y que los cinco ministros canovistas tienen menos bríos hace tres días.

«Una disolución de Cortes y una reorganización ministerial en perspectiva!»

«¿Quién se resiste?»

La Epoca del sábado, poniéndose bien con Dios y contándose ya con los difuntos:

«No han adelantado hacia una solución, ni en uno ni en otro sentido, las graves cuestiones pendientes. Tendremos todos razon, pero no nos parece que nos mostremos muy corteses con la augusta señora que mañana pisará por vez primera el suelo español.»

La Epoca del lunes, haciendo un esfuerzo dando palo de ciego:

«Es casi imposible marchar, políticamente hablando, con este bagaje de eternos chisn con esta impedimenta de cuentos de la villa secretitos al oído, de alfilerazos, amor propio de estímulos á la vanidad, para que éste con aquel y estotro con el de mas allá, como el diablo anduviese siempre en Cantillan. Mefistófeles se hubiera apoderado del espíritu de todas las individualidades políticas.»

Los húsares y los artilleros, y los amigos Cánovas y del Sr. Elduayen tienen la palabra para contestar á esta filípica.

Le parece á El Cronista que es deplorable el tema el de procurar interés á los periódicos refiriendo conversaciones privadas.

Se refiere el colega á lo que nosotros dijimos respecto de las conferencias que tuvieron en el salón de conferencias varios hombres políticos.

Lo que El Cronista debe hacer, es aconsejar á esos señores que los asuntos privados los traten á solas, en voz baja y en su casa.

Por lo demás, tenga entendido el colega que nosotros no tenemos por conversaciones privadas aquellas cuyo conocimiento tiene interés é importancia para el país.

«Completa abstracción hecha de la amistad que nos une al general Martínez Campos, bien podemos decir que en la última pequeña crisis política se han despertado hacia él simpatías generales.»

El Siglo—que es el periódico que dice esto no puede hacer completamente abstracción de la amistad que le une al general; pero nosotros haremos abstracción de la diferencia de opiniones que entre el presidente del Consejo y El Liberal existe, y diremos:

Es verdad.

Como si nos pudiese en gran aprieto, hac notar El Cronista que nada decimos del manifiesto fusionista.

Podemos complacer al colega: el manifiesto se leyó anoche, agradó á cuantos le oyeron, y firmaron é invitaron mañana á otros demócratas á que lo oigan y aprueben.

Siga el colega preguntando.

A la nueva conciliación, endeble y transitoria, preparada por el Sr. Ayala, la llama La Epoca, sentimentalmente, la cosecha de la paz. La cosecha no está en los graneros todavía. No se fie La Epoca ni del propio cosechero.

«El general Martínez Campos no ha manifestado deseos de dejar el poder: es de aquellos que saben afrontar con completa serenidad de espíritu todas las eventualidades.»

Así nos dice El Siglo para que lo sepan los demás.

Diálogos entre el general Martínez Campos y el Sr. Martos en los pasillos del Congreso:

—El general: Está Vd. equivocado: la crisis de marzo no fué por las reformas de Cuba.

—El Sr. Martos: Sí, general, lo fué, sólo que usted no lo sabe.

—El general: ¿Se acuerda Vd., Sr. Martos, cuando antes de la revolución jugábamos al billar todas las noches?

—El Sr. Martos: Vaya si me acuerdo. Y por cierto que era Vd. un chambrón.

—El general: Como en política. [En eso no he variado!]

## El Congreso.

## Crónica.

El día solemne. Fuera del Congreso gran curiosidad, rumores de sensación, profecías sobre el estado del tiempo... político, noticias al oído que al correr, como la bola de nieve se agrandan, las papeletas tan solicitadas como los billetes para las corridas de toros con caballeros en plaza, y un público numeroso que, á falta de otro espectáculo mas interesante, se contenta con mirar á la bandera que orgullosa se agita movida por el viento, y la interroga como si quisiera que con su lenguaje ignoto le digese lo que en el salón de sesiones pasa. Dentro esa tibia luz de los templos que tanto inclina á la meditación y tanto impresiona; los bancos llenos de representantes del país que en penitencia del sueño, no resistido en los pasados días, parecen haberse impuesto la obligación de no respirar; el banco azul convertido en banquillo de acusados, donde ocho ministros oyen la condenación de sus fingidas amistades con la mayoría; las tribunas invadidas mas que llenas; con los periodistas, reproducido el milagro del pan y los peces, según inundada se ve la tribuna de la prensa; la palabra crisis en todos los labios; el temor retratado en la mayoría, y en la presidencia una melena, dos ojos que todo lo interrogan y una campanilla que suena sola.

Cuando entramos en el salón, la campanilla no sonaba. No se oía mas que una sonora voz que lo llenaba todo con su elocuencia; la voz del Sr. Martos; aquella palabra limpia y correctísima; intencionada y hábil que resuena siempre en nuestra tribuna con aplauso.

En todo discurso cabe juzgar dos cosas. La forma; la estructura, el ropaje de que va revestido; las figuras retóricas que en el campear, y los pensamientos que le adornan; y el fondo, el sentido en que se inspira, las declaraciones que envuelve, la tendencia á que se dirige, y en suma, todo aquello que mas relación tiene con los fines que intenta realizar. Bajo el primer punto de vista, el discurso pronunciado ayer por el Sr. Martos es notabilísimo: el mas inspirado y elocuente de cuantos le hemos oído en el período parlamentario que nació como resultado de la crisis de marzo. En lo que á su trascendencia se refiere, no puede ocultarse á na-

die que esta es muy grande. Se había propuesto el Sr. Martos juzgar los motivos de la crisis que hoy padece el gobierno; las causas del divorcio inútilmente ocultado entre la mayoría y el ministerio; la necesidad urgentísima de discutir y aprobar las reformas de Cuba; quería hacer públicas las diferencias que hoy separan á la mayoría, negra nube que amenaza desatar con fuerza sobre los conservadores-liberales así que los sucesos que se esperan hayan pasado; estaba decidido á arrancar al presidente del Consejo de ministros declaraciones terminantes acerca de su opinión en las cuestiones de Cuba, y aprovechando el acuerdo de que las sesiones se suspendan logró, cumplidamente todos sus propósitos.

Para ello necesitó de su elocuencia indisputable, de su ingenio rápido en concebir, de su inflexible lógica, de su habilidad y de su intención reconocidas. Pero no de esto sólo. Necesitó también vencer las interrupciones de la mayoría y las interrupciones presidenciales, y lo consiguió, no sorteándolas, sino combatiéndolas frente á frente, con gran energía. Las contradicciones del Sr. Martínez Campos pregonaron bien pronto el triunfo del diputado demócrata.

Contradicciones parecidas á las de un niño sin malicia, que inútilmente pretenderá negar una falta si es una voz experta la que le interroga. El general Martínez Campos decía: «No hay crisis, no hay mas que diferencias, y seguirá habiéndolas; el gobierno quiere que el proyecto se apruebe íntegro, pero admitirá las modificaciones que no se refieran á la esencia la cuestión de la esclavitud tiene espera, mas si las leyes me autorizasen para ello, hoy mismo decretaría la libertad de doscientos mil esclavos.» [Envidiable armonía entre las opiniones que el general sustenta y las que el partido conservador le impone! Caprichosa manera de confesar la desunión de la mayoría!

¡Ingenuidad plausible! Las minorías aplaudían, aplaudían y los húsares dirigían al general, cuando así hablaba, unas miradas tan torbas, tan torbas, que daban miedo. En aquellas miradas se leía bien claro que de poder, los húsares habrían cambiado los aplausos en repulso. No pudieron. Se contentaron con murmurarle.

El Sr. Martos rectifica. Y el último eco de su voz señala el principio de un tumulto que se sofoca pronto. Algunos diputados piden la palabra; muchos creen que para hablar bajo no hace falta pedir, y se la toman; las tribunas respiran; la voz del presidente y el sonar de la campanilla tonan un duo de orden, el cual, no por ser clásico, logra que se le preste gran atención.

Por fin el silencio se restablece, y el Sr. Sagasta habla breve rato. No puede decirse que fueron un discurso sus palabras intencionadas y oportunas, pero lograron el efecto que un largo discurso no habría tal vez conseguido. Victoria es esta reservada á la habilidad parlamentaria, y el Sr. Sagasta la posee en último grado.

Raro contraste que merece apuntarse. Las minorías aplaudieron al Sr. Martínez Campos, y la mayoría al Sr. Sagasta.

—¿Qué le parece á Vd. lo que ha dicho Sagasta? preguntamos á un compañero de tribuna.

—Que no ha hablado para contestar á alusiones, sino para alimentar las ilusiones de su partido.

## Sesión.

Extracto de la sesión del día 24 de noviembre de 1879.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR AYALA.

A las tres menos cuarto se abre la sesión, aprobándose el acta de la anterior.

Se da cuenta de una comunicación del gobierno, en la cual se participa á la Cámara que habiendo llegado al Pardo la archiduquesa Cristina, cree el gobierno que deben suspenderse las Cortes hasta el 5 del mes próximo.

El Sr. Ayala: ¿Acuerda el Congreso la suspensión de las sesiones?

El Sr. Martos: Pido la palabra.

El Sr. Ayala: ¿En contra de la propuesta?

El Sr. Martos: En contra.

El Sr. Ayala: La tiene S. S.

El Sr. Martos: No voy á pronunciar un discurso; voy mas bien á realizar un acto; acto de conveniencia, de necesidad, reclamado, no tanto por los deberes de mi posición política, cuanto por aquel que todos los diputados tenemos de atender y mirar por el decoro y el respeto del principio parlamentario, que me temo que habría de quedar desconocido y menoscabado, como al parecer lo está, por ese gobierno, si aquí de parte de las minorías no se levantara alguna voz á hacer observaciones encaminadas á provocar un debate solemne, ó por lo menos á dar lugar á algunas explosiones de parte del gobierno de S. M., para que las cosas mas graves de la política actual, para que los sucesos que mas importan al país, para que aquellas soluciones que pueden ser de gran trascendencia para los destinos de la patria, no pasen inadvertidas por el Congreso, y todo el mundo hable de ellas, las comente y las sepa, pareciendo que solo deben ser ignoradas y desconocidas del Parlamento.

Voy, pues, señores diputados, á hacer breves observaciones, en atención, sobre todo, á la importancia y prestigio del principio parlamentario.

El gobierno nos pide que suspendamos algunos días nuestros trabajos; la mesa necesita una declaración afirmativa del Congreso; pregunta que se nos hace, desee que se nos exprese, voto que se nos pide en circunstancias bien desgraciadas por cierto. No temais que, mirando ya hacia la causa invocada por el gobierno de S. M., para solicitar la suspensión de los trabajos parlamentarios, venga aquí á oponer una protesta á vuestro homenaje. Pasaron ya aquellos tiempos de romanticismo político, en que el ardor y la viveza de los sentimientos propios de las sociedades que viven en la edad de la infancia política buscaban una expresión y una manifestación adecuada á esos sentimientos. Vivimos en tiempos de madurez en que ha de expresarse la idea con aquella templanza de forma y con aquella apacibilidad de acento que son propios de la madurez del arraigo y de la sinceridad de las convicciones. La mia, señores, es que el gobierno viene en mal hora á solicitar de nosotros la suspensión de las tareas parlamentarias; la mia es que estas tareas no pueden suspenderse sin que antes vengan solemnes y necesarias declaraciones de labios del gobierno.

Yo conozco el carácter y las exigencias del régimen en que vivimos, y por tanto seré muy sobrio y concreto en mis observaciones, porque ya sé que bajo este régimen de monarquía constitucional los ministros que responden de todos los actos del Rey, parece como que están comprometidos de la propia vida de la monarquía, y que por fuerza de esta comprometerse han de vivir identificados con



Los mas íntimos y particulares sentimientos de la moralidad en la medida y a la distancia que consentían la diferencia establecida entre la convención y la realidad por ley superior de la naturaleza.

Pero, señores, la oportunidad es la primera ley de los actos políticos. Se viene a pedir que se suspendan las tareas parlamentarias, que no pueden decirse comenzadas apenas, cuando están pendientes de exámen y de solución los mas graves e importantes problemas de la política española. Y se nos pide que suspendamos estas tareas en el seno del silencio, sin que el gobierno haya hecho aquellas declaraciones que exige la tranquilidad de los ánimos, y que tal vez reclaman altos intereses comprometidos allá en tierra española al otro lado de los mares; y es preciso que esto no suceda.

Yo no extraño que esté de fiesta el gobierno de S. M., y tengo que, teniendo, por la calidad propia de mi espíritu, poca inclinación a los dictados de la poesía y a las galas de cierta especie, me siento como inspirado por no sé qué musa desconocida que me acaricia con su aliento misterioso. No sé qué musa sea; tal vez, señores, sea la musa de la tristeza; y allá me voy, contra mi inclinación de otras veces, por esos horizontes peligrosos para cualquiera y mas peligrosos para mí, el de la poesía y el del arte.

Se va a tratar de fiestas, y hace mal tiempo en el cielo y peor en la tierra; y voy a las señales por donde se advierte esta malicia. Hay crisis en el gobierno, crisis fundamental, crisis gravísima, crisis que nace de un completo desajuste entre el gobierno y la mayoría. Hoy el señor presidente del Consejo de ministros no cuenta mas que con uno ó dos ministros; en la mayoría apenas tiene 30 ó 40 apasionados amigos, y algún espíritu superior aspirado de los mas altos sentimientos de patriotismo, como el Sr. Zaldívar, y luego... luego sus verdaderos amigos, que son los nuestros, porque yo estoy por creerme aquí sucesor del Sr. Cánovas del Castillo.

Pero no, no hay crisis, eso era ayer; esto era hace dos días; hoy el orador de oposición llega tarde. Después de todo siempre se llega pronto para saber la verdad, y a saberla, vengo yo en este día. Lo que aquí importa es conocer las causas de esta crisis, no para discutir, sino para curarlas particularmente.

Yo no hubiera preguntado acerca de la crisis; tenía y tengo una razón para guardar silencio, y tengo que explicar mi silencio de antes como mi intervención de ahora.

Yo callé porque daba mi representación en este Parlamento no estaba llamado para intervenir como mediador de las diferencias entre la mayoría y el gobierno; y en cuanto a poner cizaña entre vosotros, no me gusta ese oficio. ¿Cuál es, pues, la causa de haber roto mi silencio? ¿Cuál es el grave motivo de esta crisis? Yo no tengo que se me diga que ya no existe la crisis. Todo el mundo sabía hace meses que la causa de la crisis de marzo era la cuestión de Cuba; pero allí con piadosos engaños que se hicieron asimismo convinieron en creer todos que la causa de la crisis de marzo no era la cuestión de Cuba. De aquel error vienen todas las dificultades. Si se hubiera declarado que allí se habían debatido dos políticas, ¿cuál otra sería la situación del gobierno? Si el señor presidente hubiera llevado entonces a las elecciones por bandera esa política de S. S., el país hubiera aconsejado que la hubiera servado votado, y S. S. la hubiera hecho triunfar los primeros días de esta legislatura; pero el señor presidente al Consejo se dejó llevar de las conveniencias de la mayoría, y se lanzó en aquel camino contra su propio dictado.

Convinieron en que las causas de la crisis de marzo eran otras, y las elecciones se hicieron sobre la base de ese artificio, y a consecuencia de esto todo el mundo vio un divorcio entre la mayoría y el gobierno en cuanto se tratase aquí por este gobierno una verdadera política. Pero se retardó la presentación de los proyectos, se presentaron al fin y vino la crisis. ¿Pero qué crisis! Cuando el Sr. Martínez Campos vino de Cuba era fuerte S. S., y ahora es débil. Esto dicen, esto gritan los intereses conservadores y por eso tal vez le hostilizan mas que lo que antes habrían hecho. Hay, pues, que optar por una de dos políticas, por la de la mayoría ó por la del señor presidente del Consejo de ministros, y por consiguiente la cuestión está colocada entre la disolución ó la guerra; porque si vence la política del señor presidente del Consejo de ministros, ni él ni otro puede gobernar con esta Cámara, y se hace precisa la disolución; y si prevalece la política de la mayoría, el triunfo de esa política es la guerra. ¿Qué dilema tan terrible! Esto último sería volver a aquella política de guerra á todo trance, de enviar soldados, de gastar inmensos tesoros, de desgarrar á la nación española, de llenar de ruinas á nuestra patria.

Y ahora hemos de volver á esa guerra? Después de tantos años de guerra como hemos tenido, ¿hemos de comenzar como porvenir otros muchos años de lucha? Pues eso significaría el triunfo de la tradicional política conservadora, y esto no lo puede querer el señor general Martínez Campos. Entonces la única salida, la triste salida que tendrían estas dificultades, sería la salida de la disolución: no tendría mas que uno de dos términos, ó darle el decreto de disolución al señor general Martínez Campos, representante de la política liberal-conservadora, ó dárlo al Sr. Sagasta, jefe del partido mas liberal que se mueve dentro de las esferas gubernamentales en este sistema, y del cual espero yo que confirme con sus declaraciones que con efecto seguiría una política mas liberal respecto de las cuestiones de Cuba.

Y todo por qué? ¿Por qué esta gravísima situación, que solo ofrece una de ámbas y difíciles salidas? ¿Por qué? Por no haber dicho á tiempo la verdad al país. Pues yo espero que, escarmentados por esa política, hoy se diga la verdad al Parlamento, porque si no se agravará la cuestión, y Dios sabe, agravándose la cuestión, el carácter que podrá tomar mañana. Ayer le tenía difícil, pero menos grave; hoy le tiene gravísimo, mañana le puede tener peligroso; téngalo entendido, si así bien le parece, el señor presidente del Consejo.

Pero es que ya no hay crisis, es que ya se han zanjado todas las dificultades que había. Yo no lo creo, señores diputados; es mas: no creo que lo diga el gobierno. Yo no le preguntaría nada acerca de las causas de la crisis, por mas que sean bastante conocidas de todos; pero me creo en el caso de pedir acerca de ellas algunas declaraciones del señor presidente del Consejo ó de cualquier otro señor ministro en su nombre, si bien me alegraría que las hiciera el mismo señor presidente del Consejo. (Rumores.) No sé por qué se extraña la mayoría, porque las declaraciones solemnes del gobierno las hace siempre su cabeza. ¿No tiene bastante autoridad para hacerlas el señor presidente del Consejo? ¿Qué teméis de él?

[Falta de competencia.] Precisamente en estos asuntos la tiene quizá como ninguno de los señores ministros. ¿Por qué teméis entonces? Lo que os impone es la acostumbrada sinceridad del señor presidente del Consejo. Vosotros lo tenéis por sincero, y yo por sincero lo tengo; pero lo repito: las dificultades de que se viene hablando son tan graves que no se prestan á transacción para nada.

En los primeros días de la revolución, ardiendo como pocas veces la guerra en Cuba, opuestas no pocas dificultades por ese y otro motivo á la natural acción de aquel gobierno, dimos la ley Moret, esa ley que es un recuerdo que constituye un título de gloria para mi amigo y el primer acto previsor de la política española en Cuba. Todo el que nazca en Cuba desde aquí en adelante es libre: tal es el primer fundamento de aquella ley. Y además son libres los viejos, ya que tanto han dado de su trabajo, de su sudor y de su libertad; el vientre libre; emancipación forzosa de los negros que hayan cumplido sesenta años...

El Sr. Presidente: Señor diputado, S. S., que es tan conocedor de las consideraciones que debe tener un Cuerpo Colegislativo con el otro y de todos los preceptos reglamentarios, comprenderá que no se puede anticipar en este Cuerpo la discusión de un proyecto de ley que está actualmente sometido al Senado.

El Sr. Martínez: Señor presidente, yo no entro en el exámen del proyecto de ley pendiente de discusión en el Senado. Yo digo aquí lo que los periódicos libremente han dicho; yo aspiro á que la tribuna tenga igual libertad que la prensa...

El Sr. Presidente: Señor diputado, la tribuna en esta parte no puede tener la libertad que la prensa; la prensa discute un asunto que está en el Senado y el Congreso no puede hacerlo.

El Sr. Martínez: Señor presidente, ¿no puedo hablar de

la ley Moret?

El Sr. Presidente: En este momento no tiene S. S. el derecho de exponer las razones de política general que le prestan su consentimiento ó su voto á la propuesta que está hecha á la Cámara. Este es su derecho, y

El Sr. Martínez: Señor presidente, yo disiento de S. S.; yo mi opinión de diputado, y S. S. tiene su autoridad para respetar las razones en cuya virtud sea, como lo hace en este momento, y paso adelante.

Si insistiera en aquello, en lo cual, aunque creo que es derecho para decirlo, no tengo posibilidad, por S. S. con su autoridad me lo impide...

El Sr. Presidente: La mesa siente no coincidir con la opinión de S. S.; y espera que cuando fuera del calor nupcial se medite sobre este asunto, no encontrará injusta ni tiránica la resolución del presidente.

El Sr. Martínez: Continúo después de exponer, á mi entender, el sentimiento de no coincidir con la opinión del señor presidente en esta materia. Yo no creo que esto queja transacción entre la mayoría y el gobierno, porque si cupiera se daría el triste espectáculo de la vez mas se acreditara que siempre cae vencida la justicia bajo el golpe y el rigor de los intereses.

La justicia se administra en nombre del Rey en la nación; la administran en su nombre los tribunales; establecen los castigos corporales para los negros es de hacerlos libres es poner á los hombres libres a jurisdicción de los particulares. (Rumores.) Es oría que siento, señor presidente.

El Sr. Presidente: Señor diputado, llamo á V. S. á la sesión por primera vez.

Sr. Martínez: Yo no puedo menos de tratarla; es mi deber; yo sostengo la teoría abstracta, la teoría...

Sr. Presidente: Puede continuar S. S. después de lo por primera vez á la cuestión.

Sr. Martínez: ¿A la cuestión? ¿A qué cuestión si estamos en la teoría de derecho de que la justicia se administra en nombre del Rey?

Sr. Presidente: Señor diputado, para decidir si un asunto está ó no dentro de la cuestión, el presidente me otro criterio que el suyo propio; le ejerce bajo su usabilidad, y á eso está dispuesto.

Sr. Martínez: Lo sé, señor presidente; y sobre eso yo estoy de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

oro? ¿Negará S. S. que existe una ley que lleva la ley Moret? ¿Negará que esta ley es obligatoria? ¿Negará en mi derecho al probar que esa ley no se ha cumplido?

El Sr. Presidente: En este momento no tiene S. S. el derecho de exponer las razones de política general que le prestan su consentimiento ó su voto á la propuesta que está hecha á la Cámara. Este es su derecho, y

El Sr. Martínez: Señor presidente, yo disiento de S. S.; yo mi opinión de diputado, y S. S. tiene su autoridad para respetar las razones en cuya virtud sea, como lo hace en este momento, y paso adelante.

Si insistiera en aquello, en lo cual, aunque creo que es derecho para decirlo, no tengo posibilidad, por S. S. con su autoridad me lo impide...

El Sr. Presidente: La mesa siente no coincidir con la opinión de S. S.; y espera que cuando fuera del calor nupcial se medite sobre este asunto, no encontrará injusta ni tiránica la resolución del presidente.

El Sr. Martínez: Continúo después de exponer, á mi entender, el sentimiento de no coincidir con la opinión del señor presidente en esta materia. Yo no creo que esto queja transacción entre la mayoría y el gobierno, porque si cupiera se daría el triste espectáculo de la vez mas se acreditara que siempre cae vencida la justicia bajo el golpe y el rigor de los intereses.

La justicia se administra en nombre del Rey en la nación; la administran en su nombre los tribunales; establecen los castigos corporales para los negros es de hacerlos libres es poner á los hombres libres a jurisdicción de los particulares. (Rumores.) Es oría que siento, señor presidente.

El Sr. Presidente: Señor diputado, llamo á V. S. á la sesión por primera vez.

Sr. Martínez: Yo no puedo menos de tratarla; es mi deber; yo sostengo la teoría abstracta, la teoría...

Sr. Presidente: Puede continuar S. S. después de lo por primera vez á la cuestión.

Sr. Martínez: ¿A la cuestión? ¿A qué cuestión si estamos en la teoría de derecho de que la justicia se administra en nombre del Rey?

Sr. Presidente: Señor diputado, para decidir si un asunto está ó no dentro de la cuestión, el presidente me otro criterio que el suyo propio; le ejerce bajo su usabilidad, y á eso está dispuesto.

Sr. Martínez: Lo sé, señor presidente; y sobre eso yo estoy de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

Sr. Presidente: ¿Pues, que no se quiere que yo hable de la causa de la crisis? ¿Pues entonces qué crisis es esta de la cual no se habla sin peligro de que se rompa la unidad de la mayoría? ¿Qué pasa aquí? (Rumores.) No es con rumores, con interrupciones; es con razones como se contestan.

Sr. Martínez: Yo acabo, señores, porque no puedo tratar la crisis; y el deber de la mayoría es el de la mayoría, que lo aprueba y que tiene el deber de obedecer y someterse; está siempre el deber de la razón, que se halla sobre todos los derechos.

el pensamiento que concibe el gobierno en cada una de las cuestiones, la mayoría estará conforme; y si el gobierno se ha equivocado, y si no sabe interpretar los sentimientos de la mayoría ó las necesidades del país, vendrá la votación, y entonces el gobierno podrá retirarse; pero mientras tanto no hay crisis, mientras tanto no hay, como he dicho antes, mas que conversaciones, de las cuales no debe ocuparse el gobierno.

Creo que he contestado concretamente á lo que ha preguntado el señor diputado Martos.

La crisis no está aplazada. Se me olvidaba decir esto. Voy ahora á hacerme cargo de una indicación de S. S. El Sr. Martos ha dicho que se ha vuelto á encender la guerra por seguir la política antigua de represión. Yo no sé por qué censura S. S. esa política. S. S., que tiene tanta influencia en el Parlamento, que tiene tanta iniciativa y tan poderosa palabra, que ha estado ocupando unas veces la Presidencia de la Cámara y ha sido otras el elemento mas poderoso del gobierno, ¿por qué no se ha atrevido entonces á variar de política? De las faltas cometidas en Cuba todos los gobiernos tienen su parte de responsabilidad; no es el partido conservador-liberal, no es el partido moderado, no es tampoco el partido constitucional: son todos.

No es que yo venga ahora á sostener esta teoría: yo no me ocupaba de la isla de Cuba antes de ir á ella el año 1861; pero cuando fui, y entonces no estuve mas que pocos días, me volví porque me incomodaba la esclavitud. Cuando he vuelto á Cuba en 1869 he empezado á tener la opinión que ahora tengo, porque he tocado las cosas de cerca; si no hubiera ido allá, tal vez hubiera tenido otra opinión. Todos los gobiernos, todos los partidos han seguido la misma política. Desde el año 1868 hasta la conclusión de la guerra todos han dicho: no se hace nada hasta que no suene ningún tiro. Esto es un gran error, y yo seguiré haciendo las reformas aunque la guerra se encienda mas, porque lo que es justo debe hacerse, cualesquiera que sean las circunstancias. (Aplausos en los bancos de la minoría democrática.)

Ha concluido su discurso el Sr. Martos con una frase: la de que el mejor festejo, el mejor regalo es dar la libertad á 200.000 hombres.

Autorizáramos las leyes para hacerlo, y yo no hubiera tardado el menor tiempo en someterlo á la sanción de la Corona. (Aplausos en los bancos de la minoría.)

El Sr. Martos: Yo le agradezco á S. S. que reconociendo las dificultades que encuentra en el seno de la mayoría, no obstante estas dificultades mantenga lo esencial de sus principios; y de esta parte esencial hablaba yo, no de modificaciones de forma, que ya veremos cuando vengan si alcanzan á modificar lo esencial.

El señor presidente, respondiendo, como responde siempre con una sinceridad que no tiene muchos ejemplos en ese banco, á las interpelaciones que he tenido el honor de dirigirlas, ha dicho que no había crisis; pero yo considero que, bien que S. S. no la sienta la crisis le estrecha, la crisis le ahoga, la crisis vendrá cuando vengan las soluciones concretas; y si entonces el señor presidente del Consejo de ministros mantiene lo esencial de sus soluciones, será derrotado, y si no lo mantiene, derrotado será también, porque habrá una abdicación por su parte. Defiendo al partido radical por su política acerca de Cuba, y recuerdo la abolición de la esclavitud en Puerto Rico.

Este es uno de los timbres mas altos de este partido, dice, y de aquellas Cortes, y á S. S. le falta derecho, no ya para censurarle á mí, censurando á mi partido, pero ni aun en este punto para igualarse conmigo. Y siento lo inmodesto y soberbio de la frase; soberbia que no merezco S. S., siquiera por las palabras con que ha terminado cuando acogiendo mis deseos de que festejáramos el acto próximo á realizarse con el mejor y mas grato de los festejos, ha dicho: ¡Ah! ¡Si yo pudiera! ¡Si me autorizaran las Cortes! Pues atrevase S. S. pida esa autorización mañana al Senado, pídale después al Congreso, y habrá cumplido con las aspiraciones de su conciencia y con los deseos del país.

A propuesta del señor presidente, y hecha la consulta por un señor secretario, acordó el Congreso suspender las sesiones hasta el día 5 del próximo mes.

El Sr. Sagasta: Señor Presidente, había pedido la palabra.

El señor Presidente: Sr. Sagasta, en contra del acuerdo no puede haber ya palabra, porque está votado. El Sr. Sagasta: La he pedido para una alusión personal.

No tema el señor presidente, no teman los señores diputados que vaya á combatir el acuerdo que acaba de tomar la Cámara. Nunca lo hubiera combatido, ni aun antes de ser aprobado, no porque no haya asuntos de que tratar, sino porque yo entiendo que por graves y por importantes que ellos fuesen, debíamos dar una ligera tregua á nuestras discusiones políticas en justa deferencia al Monarca y á la augusta princesa que con él ha venido á compartir el Trono de España, y que á estas horas está ya bajo el cielo de su nueva patria. (Bien, bien.)

El partido constitucional, en sus procedimientos de gobierno tiene por fin la libertad; y tiene por fin la libertad en sus procedimientos de gobierno lo mismo aquí que en Cuba, lo mismo aqueque que allende los mares. (Muy bien en la izquierda.)

Aunque yo creo que tengo derecho para hablar aún después de tomado el acuerdo, yo no he de molestar mas la atención de los señores diputados, obligado por consideraciones de que el Sr. Martos puede prescindir. Los representantes del país deben olvidar sus disidencias por unos días, para recibir dignamente á la ilustre dama que, abandonando sus derechos, su patria y su familia, viene confiada á entregarse á la lealtad de este nuestro hidalgo país, y mostrar la prudencia necesaria para aplazar sus luchas políticas y para calmar sus pasiones, en presencia de un acto que puede contribuir á la consolidación y engrandecimiento de la primera y la mas alta de las instituciones. (Bien, muy bien, en la mayoría y en los constitucionales.)

El señor Presidente: El Congreso debe acordar que se nombre una comisión de su seno para que pase al Pardo á felicitar en nombre del Congreso á S. A. I. y R. la señora archiduquesa María Cristina por su próximo enlace con S. M. el Rey.

Un señor secretario se servirá hacer la pregunta. El señor Secretario (Ordóñez): ¿Acuerda el Congreso nombrar una comisión que pase al Pardo á felicitar á S. A. I. y R. la archiduquesa María Cristina?

El Congreso así lo acordó.

El señor Presidente: Orden del día para el 5 de diciembre: los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión. Eran las cuatro y cuarto.

## Lo que se dice.

La reunion de los demócratas. La Junta directiva del partido progresista-democrático se reunió anoche en casa del señor Martos.

Comisionado éste en una de las anteriores reuniones para establecer inteligencias con los representantes del Sr. Salmeron y con el señor Carvajal, á fin de concertar la fusión y convenir los extremos que debe abrazar el manifiesto democrático y las declaraciones que en él han de consignarse, de acuerdo y como complemento de las bases pactadas en París, el Sr. Martos comunicó á la Junta el resultado satisfactorio de sus gestiones, anunciando que iba á leerse dicho documento.

Leyó, efectivamente, el Sr. Echegaray á fin de someterlo á la deliberación y aceptación de la Junta, como se someterá también á la aprobación de los representantes de los partidos que están ya conformes con el sentido de las consabidas bases, causando en todos los concurrentes una impresión favorable.

El manifiesto de que se trata, de elegante corte y bell y castiza frase, recoge con suma habilidad, de un modo claro, metódico y preciso las declaraciones consignadas por los señores

Zorrilla, Salmeron, Martos y Carvajal en las conferencias de setiembre.

Abierta discusión acerca de las declaraciones en el consignadas, el Sr. Moret expuso algunas dudas sobre el sentido político que en el manifiesto, el cual creyó no representaba fielmente los principios é historia del partido, puesto que se hacían demasiadas concesiones á los partidos avanzados, quebrantando con ello la unidad de principio del partido progresista-democrático.

A este propósito, expuso la duda de si el manifiesto era definitivo ó cerrado, ó si en el caso de algunas alteraciones que pudiesen ponerle en armonía con los antecedentes del mismo.

El Sr. Martos dijo que, como proyecto, era capaz de cuantas reformas se considerasen convenientes para representar de un modo fiel los acuerdos de París; que como obra de anchura base y tendencias amplias y generosas, era necesario armonizarle con las hoy comunes aspiraciones de hombres políticos que militaron en distintos campos, y que, por lo tanto, no debía considerarse como una obra definitiva.

Replicó el Sr. Moret que no por atender las aspiraciones de otros partidos deberían cercenarse los principios del progresista-democrático, redactando un manifiesto demasiado expansivo y avanzado.

El Sr. Figuerola pronunció breves palabras en apoyo del proyecto, aplaudiéndole calurosamente por lo bien que en él se habían expresado el sentido de las bases de París y las comunes aspiraciones y propósitos de los partidos en virtud de lo cual excitaba á la Junta para que lo aceptase en todas sus partes.

El señor marqués de Sardoal estimó oportuno algunas observaciones no fundamentales del Sr. Moret, recordando al efecto la historia del partido y algunas de las declaraciones hechas en la reunion de casa del Sr. Figuerola. El Sr. Sardoal se creyó aludido, y contestó al señor marqués de Sardoal, explicando su presencia en la reunion diciendo que había sido invitado de la Junta en el modo de apreciar la cuestión electoral; pero que estaba completamente de acuerdo con las bases de París, que creía expresaba fielmente el manifiesto.

Habló después el Sr. Llano y Pons, felicitándose de la obra sometida á la deliberación de la Junta, que dijo representaba fielmente los ideales de los partidos avanzados, por lo cual la aprobaba también en todas



no quiere dos no ríen, y se estableció un principio de inteligencia en vista de que no se empujaba en continuar riendo el Sr. Cánovas del Castillo.

Hecha, hasta cierto punto, la conciliación, merece examinarse la actitud que observaban ayer los diferentes hombres obligados a aceptar la.

El Sr. Martínez Campos recordaba en cierto lugar que se le había llamado a la Península para dar fuerza al partido conservador, y por consiguiente para prestar un gran servicio al Sr. Cánovas; que éste, cumpliendo solemnes ofertas, había aprobado, sin salvedades, el proyecto de abolición antes que fuese presentado a las Cortes; y que sin embargo, después, apoyándose en motivos fútiles, se había negado a concederle su apoyo si no eran aceptadas las enmiendas del Sr. Romero Robledo.

El Sr. Martínez Campos salpicaba estos recuerdos con frases poco benévolas para el señor Cánovas del Castillo.

El Sr. Romero Robledo seguía creyendo que el Sr. Cánovas nada haría para restablecer sus antiguas relaciones con el gobierno sin ponerse con él previamente de acuerdo, y sin ajustarse con toda exactitud al pensamiento expresado en las enmiendas propuestas para modificar el proyecto de abolición.

No obstante, a muchas personas que le observaron atentamente, pareció que el Sr. Romero Robledo disimulaba con dificultad las desagradables impresiones que le dominaban; y en cuanto a sus amigos íntimos, ninguno se atrevía a asegurar que los términos en que parecía fundarse la conciliación le habían satisfecho.

El Sr. Elduayen, tomándose el trabajo de explicar los sucesos a un periodista de oposición, casi llegó a convencerle de que no existía la reconciliación, porque jamás hubo disidencia entre los individuos del gabinete ni entre éstos y la mayoría.

El periodista dedujo que la mayoría se hallaba perfectamente unida; que el ministerio estaba de acuerdo en todas las cuestiones, y que no existía ni podía existir diferencia alguna entre el Sr. Martínez Campos y los demás ministros; ni entre el primero y el Sr. Cánovas, ni entre la mayoría y el presidente del Consejo.

Pero el Sr. Elduayen recordó, a este propósito, que en cierta ocasión no lejana, un diplomático extranjero apuntaba en un pliego las observaciones que le hacía un ministro español, relativas a un asunto internacional, y que al final le fué preciso al ministro rectificar las notas del diplomático, por no interpretar algunas con fidelidad el pensamiento del primero.

Aplicando la moraleja de la anécdota, quiso, sin duda, el Sr. Elduayen, rectificar al periodista en la parte relativa a la inteligencia sincera entre la mayoría y el Sr. Martínez Campos.

Las enmiendas del Sr. Romero han quedado desechadas: el artículo 1.º del proyecto de abolición no se modifica en lo más mínimo; se rechaza cuanto tendía a imponer al esclavo castigos corporales y se modifican las proposiciones restrictivas en cuanto a la edad y tiempo de patronato de los esclavos.

Quedará, por consiguiente, algún detalle de forma, que en nada alterará la esencia del proyecto. El Sr. Cánovas se somete y el Sr. Romero Robledo vuelve a ser sacrificado en aras de la conciliación.

En cambio el Sr. Martínez Campos triunfa haciendo predominar su criterio anti-esclavista.

La reconciliación ha quedado hecha en estas condiciones. El resultado sólo puede satisfacer con justo título, al Sr. Martínez Campos.

Resulta, pues, que la conciliación no existe, aunque lo parezca.

Ayer celebró Consejo el gobierno en la secretaría del ministerio de la Guerra, en compensación de no haber podido tenerle por la mañana.

El señor ministro de Ultramar dió cuenta de las noticias de Cuba; leyó el proyecto de ley sobre tributación aplicable a la Isla; propuso al-

gunas medidas de carácter económico, y sometió al acuerdo de sus compañeros la idea de dictar una disposición en virtud de la cual serán considerados como incendiarios, y sujetos, por consecuencia, al rigor que para esta clase de delitos establece el estado excepcional de algunos departamentos de la Antilla, a los que pongan fuego a las plantaciones, ingenios u otra clase de propiedad rústica ó urbana. El Consejo aprobó el pensamiento del Sr. Albacete.

El señor ministro de Gracia y Justicia dió cuenta de estar redactado el decreto de indulto que se concederá a la prensa, y que comprenderá a los periódicos suspendidos y a los que están denunciados por los fiscales de imprenta.

También dió lectura de otro proyecto de decreto concediendo indulto para delitos políticos y comunes, en diferentes escalas, proyecto más amplio, según nuestras noticias, que el decreto publicado para solemnizar el matrimonio de Su Majestad con la infanta Mercedes.

Todos estos indultos se hicieron extensivos a las jurisdicciones de Guerra y Marina para los casos similares.

El mismo ministro propuso la denegación de un indulto de pena capital y la aceptación de otro, quedando ambos resueltos en el sentido propuesto para la aprobación de S. M.

Algo parece que se habló en el Consejo de la cuestión de reforma arancelaria en Cuba, que constituirá, por separado, un proyecto de ley.

El Sr. Orozco consideró necesario dedicar varios Consejos a la discusión del proyecto, que será presentado a las Cortes inmediatamente después que éstas reanuden sus sesiones.

Se habló de los festejos reales, de la recepción que el 29 se verificará en la presidencia, de la distribución de billetes para las funciones costeadas por el Estado, y de otros detalles relacionados con el matrimonio del Rey.

Los ministros acordaron trasladarse hoy, a las once de la mañana, al Pardo, para ofrecer sus respetos a las archiduquesas.

A propósito del discurso pronunciado por el Sr. Martínez Campos en el Congreso, los ministros se mostraron muy reservados, doliéndose el Sr. Silveira de que el presidente del Consejo hubiese hecho uso de la palabra sin consultar con sus compañeros y en oposición a lo que habían convenido, esto es, en que el mismo señor Silveira contestase al Sr. Martos.

El Consejo terminó a las doce y media, hora en que se retiraron todos los ministros, excepto el Sr. Albacete, que permaneció hasta la una conferenciando con el Sr. Martínez Campos.

Las importantes declaraciones que, contestando al discurso del Sr. Martos, hizo en la sesión de ayer el presidente del Consejo de ministros, fueron transmitidas por telégrafo a los gobernadores de provincias.

Dichas autoridades se apresuraron a felicitar al general Martínez Campos, y anoche se recibieron ya algunos telegramas, participando el buen efecto que en las provincias de sus respectivos mandos causó el discurso del jefe del ministerio.

El gobierno, pues, cuenta con el apoyo de las provincias, según decían anoche en sentido irónico algunos húsares.

En los círculos ministeriales se comentaba ayer en sentido favorable, la actitud en que se ha colocado el partido constitucional con motivo de las cuestiones políticas que preocupan la atención pública, pues según las manifestaciones que hacen importantes individuos de dicho partido, este, lejos de tener impaciencia por alcanzar el poder en el caso de que se promueva un rompimiento entre el gobierno y la mayoría, consideraría lógico que la crisis se resolviera en favor del general Martínez Campos.

Esta conducta de los constitucionales, que contrasta notablemente con la que han seguido en otras ocasiones, era como ya hemos dicho, aplaudida con entusiasmo por varios conservadores, quienes añaden que por ese camino se forman grandes y respetables agrupaciones políticas, a la par que se consigue en un

plazo más ó menos largo la debida recompensa.

Parece que el Sr. Posada Herrera está decidido a regresar a Llanes inmediatamente después que reanuden sus tareas los Cuerpos Colegisladores.

## Cartera de Madrid.

Junta de la prensa española en Madrid.

La Junta directiva continúa recibiendo numerosas adhesiones de los periódicos de provincias manifestándose dispuestos a contribuir de todas maneras a la realización de las fiestas que para obsequiar a la prensa francesa se preparan.

Esta tarde a las cinco se reúne la comisión encargada de organizar el concierto.

Mañana a las tres se reúnen también los presidentes y secretarios de todas las comisiones para fijar definitivamente el día en que el concierto y el banquete deberán celebrarse.

La carta puede firmarse en el Circulo de la Union Mercantil hasta mañana miércoles a las doce de la noche.

Con la última estafeta se han recibido en Madrid los regalos que el Papa Leon XIII envía al Rey y a la archiduquesa Cristina.

El regalo dedicado al Rey es un cuadro de mosaico, de gran mérito, representando la plaza de iglesia de San Pedro, de Roma, y en sentido alegórico España sosteniendo la Iglesia.

El regalo enviado a la futura Reina consiste en un vaso para flores, también de mosaico.

Ha tomado posesión de su cargo el secretario de la legación de Liberia, para el que ha sido nombrado por el gobierno de aquella república, D. José Espinosa y García-Franco.

El general Lagunero sufrió ayer por la mañana un ataque de asistolia, y por la tarde a las cinco experimentó una falta de fuerza en la contracción del corazón que aumentó la gravedad. A las seis se encontraba algo aliviado.

Si sigue la mejoría, hoy será trasladado al hospital Militar a casa del doctor Velasco, museo antropológico.

En la tabilla del Congreso se fijó ayer tarde el siguiente despacho:

(HABANA (sin fecha).—Bilbao 23, recibido en el ministerio de la Guerra el 24.

El general segundo cabo al ministro de la Guerra:

El capitán general desde Sancti-Spiritus me manda transcriba lo siguiente:

«La insurrección no encuentra eco en esta provincia, que rechaza movimiento. Varios pueblos de Cienfuegos tienen armas para combatir a los rebeldes.

Las partidas levantadas carecen hasta ahora de importancia.

Salgo para Remedios, donde se encuentra la mas importante al mando de Curillo.

El comandante general de Matanzas dice que A. P. y E. S. están en aquella provincia, reclutando gente, y que C. G. debe encontrarse en la Ciénaga de Zapata.

He mandado fuerzas para evitar movimiento en aquella jurisdicción.»

Es copia.—Arsenio Martínez Campos.»

Comisiones del Senado y del Congreso irán al Pardo a cumplimentar a la archiduquesa Cristina.

La del Congreso se compone del presidente y secretarios y de los diputados Sres. Muñoz, Muchada, Retortillo, Cervero, Pérez San Millán, Merelles, Avila Ruano, Elduayen, Cabezas, Fontan, Villalobar y Corchado, y como suplentes los Sres. Fernandez Villaverde, Rubio (don Francisco) y Someruelos.

El Senado celebrará hoy sesión secreta para nombrar la comisión.

Ayer tarde volvió a reunirse la comisión abolicionista del Senado.

El Sr. Bustamante dijo que la abolición de la esclavitud, en vez de en los Cuerpos Colegisladores, debía llevarse a efecto en Cuba por los representantes del gobierno en aquella Antilla y por los mismos interesados.

Abogó por la abolición gradual, creyendo que la inmediata ocasionará trastornos.

El general Prendergast combatió esta opinión, sosteniendo que en este asunto estaba interesada la honra y hasta los intereses de España.

El Sr. Crespo Laserna aclaró las palabras que había pronunciado en otra reunión respecto al telegrama del señor conde de Casa-Moré.

Dijo que no dudaba de la autenticidad del documento, si no de que su contenido expresase verdaderamente el pensamiento del partido «Union constitucional de Cuba.»

En iguales términos se expresó el Sr. Lóriga.

Usaron también de la palabra los señores Ulloa, Ruiz Gomez y Bravo (D. Emilio).

Este último defendió el proyecto del gobierno.

No habiendo reuniones de Bolsa los días 28 y 29 del actual, por ser el primero cumpleaños de S. M. y celebrarse en el segundo el regío enlace, se ha resuelto por real orden de 21 del actual, expedida por el ministerio de Fomento a virtud de consulta de la Junta sindical del Colegio de agentes de cambios, que el jueves 27 sea el último día hábil para las operaciones a plazo en el presente mes. Sin embargo, la liquidación empezará, en cuanto a la parte de entrega de valores y metálico, el día 28, porque estarán abiertas las oficinas de la dirección de la Deuda y del Banco de España.

El ministro de Marina llevará hoy a la firma de S. M. los decretos relevando al brigadier señor Maimó del cargo de mayor general de la escuadra de instrucción, y al brigadier Sr. Gonzalez Valerio, del de segundo jefe de la comandancia general de Filipinas, nombrando para sustituirle al Sr. Maimó.

Hoy recibirá la archiduquesa Isabel la comunicación del Congreso en que pide hora para que pase al palacio del Pardo, la comisión nombrada por la Cámara para saludarla y felicitarla a la futura Reina de España.

Si como es probable, queda contestada hoy mismo aquella comunicación, mañana se trasladará al Pardo la comisión del Congreso.

Esta noche saldrá de París con dirección a Madrid, la Reina doña Isabel, que como dijimos hace días, llegará pasado mañana a esta corte.

En lugar del baile que proyectaba la diputación provincial, habrá un gran concierto que se celebrará el día 2 de diciembre en el teatro Real.

El concierto estará a cargo de la Sociedad de profesores que dirige el Sr. Vazquez.

Parece que han sido nombradas damas de la futura Reina, las señoras duquesas de Huescar y de Tetuan, la marquesa de Valmediano y otra cuyo nombre no recordamos.

## El Telégrafo.

AGENCIA FABRA. Cádiz 24.

Hoy ha sido puesto en capilla el reo Gloria, que será ejecutado mañana. La prensa local ha acordado no dar detalles de la ejecución ni de la estancia del reo en la capilla.

Rio Janeiro 24.

Ha sido declarada en estado de sitio la capital de Perú (Lima). El Sr. Lapuerta ha sido encargado de la formación del nuevo gabinete peruano.

París 24.

En una de las primeras sesiones de la Cámara de diputados, se pondrá a discusión el proyecto de ley sobre aranceles de aduanas.

Continúa la conferencia internacional sobre la cuestión del puerto de Alejandria de Egipto.

La mayor parte de los delegados, no están conformes con el aumento de tarifa que se quiere imponer a los buques que fondeen allí.

Londres 24.

Un telegrama de Nueva-York anuncia el alza de un centavo en los trigos. El precio de las harinas no ha tenido allí variación.

Encalmadas las transacciones en Inglaterra.

Tendencia firme en las plazas alemanas.

Constantinopla 24.

Brevemente se publicará un decreto del sultan anu-

ciando que se volverá a pagar pronto el servicio de la Deuda pública.

## (58) LA HERMOSA IZA

POR

ALEJO BOUVIER.

—Justamente; el bribon se los habría confiado en garantía de un préstamo; ella fijaría un plazo, y no siendo reembolsada de la suma, los valores quedarán siendo de su propiedad.

—Teneis razon, Boyer; vais a permanecer en París, en vuestro domicilio. Según haciais antes, vendreis diariamente a mi despacho. Bajo esas condiciones me comprometo a dejaros en libertad.

—Si quereis, vendré con el abate.

—Es inútil.

Boyer salió tranquilo de la prefectura de policía. Al momento se dirigió a la calle del Infierno, y se detuvo delante de una casa que tenía la tranquila apariencia de un presbiterio. Sobre una lapida de mármol que se veía en la puerta encima del llamador, había grabada una cruz latina, y debajo en letras doradas leíase: *Obra de regeneración moral de los jóvenes des-carrados. Administración en el piso principal.*

Boyer llamó, le abrió la puerta, y el agente penetró. Un joven alto, robusto, de cara reluciente, con cabellos bien peinados que le caían en rizados sobre el cuello, y vestido con una ropa larga, abotonada hasta el cuello, término medio entre la sotana y el gabán, se presentó a él y le preguntó con voz meliflua:

—¿Qué quereis, caballero?

—¿El abate Dutilleul?

—Tened la bondad de seguirme...

El portero, seguido de Boyer, llegó al primer piso. A un lado se veía una puerta sobre la cual decía: *Circulo*; y encima: *Sinite párculos venir ad me*. Al lado opuesto del descansillo se veía otra puerta sobre la cual decía: *Gabinete del señor director*. En este gabinete fué introducido Boyer.

Un hombre de fisonomía risueña, ojos vivos, cabellos finos y rizados, y que parecía pasar de los cuarenta años, vestido con una sotana negra, avanzó vivamente al reconocer a Boyer, y tendiéndole una mano fina y blanca, estrechó

afectuosamente lo de Boyer, y le dijo con un ligero acento meridional:

—¡Ah! ¡Vos aquí, querido! Sentaos, tenemos que hablar... déjamos, Gustavo.

Cuando el portero hubo salido, Boyer se sentó delante de la mesa del abate, y éste le dijo:

—Querido, he recibido vuestra carta esta mañana. Me ha inquietado bastante, pero hubiera procedido como en ella me deciais... Es una cuestión de defensa común; ayudémonos unos a otros. Lo que me ha sorprendido es que, fechada en provincias la carta, no haya llegado por el correo.

Yo estaba muy vigilado; pero ya sabeis que conozco todos los pequeños recursos. Me han traído por ferro-carril, en un wagon de segunda; yo había escrito la carta antes de partir; reconocí, en uno de nuestros compañeros de viaje, un tunante a quien había detenido una vez; me miraba, me había reconocido vagamente y veía que yo estaba entre dos agentes; guiándole los ojos le indiqué que tenía necesidad de sus servicios, y metiendo la mano en el bolsillo le enseñé una punta de la carta; comprendió perfectamente, y me hizo una seña afirmativa. En una parada, uno de los agentes se asomó a la ventanilla para enterarse del motivo de la detención; yo coloqué entonces sobre la banqueta la carta y una moneda de cinco francos en oro. El individuo se asomó también a la ventanilla, como para mirar, y cogió la carta... Conozco a esa gente; se ayudan unos a otros; me ha servido tomándome por uno de los suyos.

—¿Cuándo habeis llegado?

—Esta noche.

—Esta mañana tenía ya en mi poder vuestra carta. Ahora hablemos.

El llamado abate Dutilleul no tenía relaciones con el arzobispado. Sin haber llegado a cantar misa, le habían obligado varias veces a dejar la sotana; pero siempre volvía a vestirla, sin pedir la autorización correspondiente.

Dos ó tres sociedades fundadas por él habían liquidado en un corrección. Pero se había empeñado en pasar por abate y no desistía de su propósito.

La nueva sociedad que acababa de fundarera bastante extraña.

Tenia por objeto reunir todos los domingos por la tarde, en un círculo en que se daban lecturas morales, jóvenes que habían sido castigados por sus vicios. Desde que salían de la prisión los agentes de la sociedad les buscaban trabajo y les hacían miembros del círculo, librándolos de este modo de la perjudicial compañía de los que salen de un correccional. Allí encontraban protectores, porque el círculo contaba con miembros de buena posición que no desdenaban ir los domingos a pasar un rato con sus protegidos.

En esta sociedad moralizadora era donde pretendía Boyer haber colocado partídelos valores que decía haberle dado su tía. La sociedad, es cierto, producía bastante, todos los protectores ofrecían cuantiosos donativos, y se pensaba en darle mayor impulso. Hasta entonces no había mas que externos y ya pensaban admitir internos. Con esto se tendrá una idea del falso abate que nos ocupa; su historia hallábase consignada en la hoja penal de Dutill, que este era su verdadero nombre.

—Hablemos, había dicho el abate levantándose y yendo a apoyarse en la chimenea.

—Ya me habeis comprendido. Cuando hallábase mi tía Mariana en los postreros instantes, fui a buscar un confesor; no queriendo traer el suyo, me dirigí a la iglesia mas próxima...

—¿Por que no acudisteis a mi? dijo Dutilleul.

El gesto que hizo Boyer indicó suficientemente la poca confianza que tenía en el director de la obra. El agente continuó:

—El caso era urgente. Llegó el confesor a quien no he visto después... He declarado en mi interrogatorio que vos recibisteis la confesión de la moribunda, a la que ya conociais.

—Muy bien.

—He dicho que terminada la confesión, manifesté deseo de que permanecieseis unos instantes a su lado, para que la aconsejaseis en sus últimas disposiciones; vos estabais solo con ella, yo esperaba en otra habitación; ella os dijo que viviendo en mala inteligencia con

su hijo, quería darme a mí una parte de sus bienes, pues era el único que se había portado con ella como un hijo. Con este objeto, y a fin de que la ley no pudiera impedirlo, os manifesté la anciana que tenía guardados para mí unos valores sobre los que había hecho un préstamo, cuyo plazo había cumplido y que eran suyos por tanto.

De la existencia de esos valores no tenían conocimiento ni su hijo ni su notario... Tratásteis de hacerla comprender que su hijo era su único heredero a quien no debía desposeer, y que sería mejor que a él le diese el encargo de entregarme la parte que me destinara. Pero la anciana no quiso escucharnos, y al salir de la habitación me comunicasteis lo ocurrido y os retirásteis... Después de marcharos, recibí de manos de mi tía el legado, y en agradecimiento por vuestros buenos oficios, pues suponía que debía la herencia a vuestros consejos, hice un donativo a la *Obra de regeneración moral*.

—Comprendido... ¿Pero cómo os hallais en libertad?

Boyer contó al director lo sucedido, y Dutilleul le dijo:

—En resumen, lo que me habeis entregado es mío. Engañando, procedéis de buena fé. Lo que habeis dado a la *Obra* es suyo.

—Eso es cuenta vuestra.

—¡Oh! estad tranquilo, no lo devolveré; vuestros fondos son nuestros... y como nosotros, participareis...

—Cuento con vos para ello.

—¿Y creéis que se os interrogará?

—El juez parecía muy convencido de mi inocencia, pero es posible que la instrucción exija un testimonio apoyado por el vuestro.

—Podeis contar conmigo.

—Teneis la carta que os he escrito?

—Sí, aquí está—dijo Dutilleul sacándola del bolsillo.

—Tened la bondad de devolvérmela.

—No hay inconveniente... ¿Pero qué teneis? dijo el falso abate al ver a Boyer encender un fósforo y quemar la carta.

—Ya lo veis, no se puede responder del día de mañana. En la actualidad la policía registra



